

EL HIJO DE GRETA GARBO

Francisco Umbral, 1982

Recreación entre memoriosa e imaginativa de la infancia de Francisco Umbral que incorpora numerosos datos deliberadamente falsos para fraguar el relato conveniente.

La versión registral data el nacimiento de Paquito en Madrid, el 11 de mayo de 1932, en la maternidad de la Inclusa, institución benéfica del barrio de Lavapiés, siendo el niño inscrito en el registro civil como Francisco Alejandro Pérez Martínez. La primera infancia del hijo de Ana transcurrió en Laguna de Duero, donde fue criado durante cuatro años por su nodriza Pilar mientras Ana permanecía en Valladolid, en casa de sus padres. En abril de 1933, Ana ingresó como administrativa en el Ayuntamiento de Valladolid, donde mantuvo una actividad política importante que Umbral describe en este relato adoptando la mirada desconcertada de un niño.

El reencuentro del hijo con su madre no se produjo hasta después de estallada la guerra, cuando la abuela aprovecha la llegada de Claudio, hermano de Ana, al que acompañan sus hijos, para hacer pasar a Paquito por uno más.

En su crecimiento, el niño pasa de un tiempo ilusionado a padecer las crueldades derivadas de la guerra, conflicto que no parece haber vivido: «Después de la guerra que dicen que hubo...» es una expresión más propia de quien hubiese nacido en la posguerra que de quien la hubiese vivido acompañando a su madre en su despacho oficial: «Tenía yo una madre que mandaba a los hombres (obedecía a otros)».

Con todo, el aspecto más confuso en esta historia es la figura paterna. En algún pasaje de sus memorias, el niño recuerda a sus padres, los dos, elogiando a Azaña, presidente de la República desde mayo de 1936, imagen desmentida por el resto del relato, con el padre siempre ausente, preso en Ocaña u otra cárcel, nunca visto.

El relato se cierra en 1953, con la muerte de Ana María Pérez Martínez, enferma de tuberculosis, que deja un huérfano de 21.

El lenguaje tiene la inconfundible riqueza imaginativa umbraliana. “Perdis” en lugar de “perdularios”, “fruitivamente” en lugar de “con fruición”, “escapadiza” por “pronta a escapar”, “suntual” por “suntuoso”, no en el Diccionario de la Academia, como tampoco *domesticismo*, *eternizo*... Y entre tanta floritura, exquisitez o lo que sea, la descripción elemental: “llena de mierda blanca de paloma, llena de mierda seca”. (Sonrío al recordar su voz diciendo que a Juan Ramón se le recordará siempre “asociado al burrito de los cojones”.) Y, como no, un despliegue de citas (“tudescos moscos de los sorbos finos”, Quevedo), enriquecedoras y oportunas.

EXTRACTOS

Descripción de mamá

Mamá entre los zarzales, entre moras, los reinos de Felipe, el hombre de la finca, monarca con blusón de los domingos (...) mamá con blusa blanca, con vestido blanco, como siempre (...) la mancha de moras en su blusa, sangre en su seno derecho, tragedia del color sobre lo blanco (...) los perros en torno a ella, como llamas de sol o infierno alegre, y yo por el camino, con miedo a las espinas, a las lagartijas, y con miedo a las moras (...) con miedo inexplicable (...) la sangre salvaje que tenía yo entrevista —aseos de la casa— en los paños higiénicos y así.

Mamá más pura, vestida sólo de blanco, caoba el pelo (...) estaba en casa, siempre, vestida como para salir, muy puesta de tacones y peinada, con vocación de calle que me inquietaba sin saber por qué (...) podía irse en cualquier momento (...) marcharse al Salón Rojo del Casino a discutir con los hombres de la guerra (...) Tenía esa condición escapadiza, mi madre, como las dos alas de su nombre breve, que no diré, nombre casi de ave, a punto de volar (...) con la pabela a mano, el pelo en onda, la boca ya pintada en Greta Garbo (...) pelo *garçon* (...) aquellas piernas largas, ni gruesas ni delgadas, y los altos tacones (...) zapato blanco, tan en pico (...) Mamá jamás había usado faja: había sido una Greta natural, esculpida por el viento de su época y no por el esfuerzo industrial de las corseteras o el mimetismo vicioso del cine. Se volvían los hombres a mirarla, se volvía a mirarla la ciudad.

Mi madre sonriente, cuando la boca de Greta Garbo se abría en la amplitud luminosa de sus dientes, con aquella mellita entre los dos centrales (...) que daba ingenuidad a su sonrisa (...) Siempre sería en las fotos (como yo) (...) No se pintaba las uñas (...) Las conservaba largas, claras, limpias (...) yo reveía el cuidado de las uñas, la calma con que, en casa, se iba limando en ojiva cada uña, se recortaba la cutícula, dejando al descubierto media luna de mujer lunarmente desnuda (...) Mis manos pequeñas, que me dejaba con las uñas cortas, sólo presagiaban, en la manicura, aquella obra mayor, la decantación gótica de sus manos de monja esbelta y laica.

A mí me gustaba más que escribiese a mano (...) pues a máquina hacía política y a mano escribía cartas a la familia, a las amigas, a los amigos, al padre preso en la cárcel, o me escribía a mí, cuando iba de viaje (...) La madre manuscrita, era una deslizante mujer sobre un piano, era una lenta luz por un espejo, era una escultura blanca resuelta en escritura. Y ésta era la madre que yo veía, que yo quería ver (...) Era todo lo contrario de sus hermanas cosiendo a máquina, todo lo contrario de las tías haciéndose vestidos en la Singer (...) Paseábamos la ciudad, camino de casa (...) y ella no era la que se para en tiendas.

La habitación de la madre. Yo no sé si era así. Así la escribo (...) La gran cama matrimonial, mutilada de un hombre por la Historia, lecho de sus lecturas, y siempre un libro en la mesilla (...) Lord Byron, el romántico, el viajero, el seductor, el hombre que moría por la libertad y la cultura clásica (...) ¿Por qué tenía mi madre el uniforme póstumo de Byron en su armario? ¿O sería otro uniforme, de otro hombre, cuándo había gastado uniforme mi padre?

La habitación de la madre, la cama y el armario, un hombre faltaba en la cama, un hombre sobraba en el armario (...) Yo nunca me atreví, estando a solas, a abrir aquel armario, saludar al extraño personaje, primero tuve miedo, de pequeño, miedo sencillo, directo, miedo/miedo, el miedo de los niños a los muertos y a las gentes que viven en armarios, luego, ya adolescente, tuve miedo de entenderlo todo, qué podía ser aquello, mejor no averiguarlo (...) Y allí estaba el pariente de oro y sangre, ajusticiado dentro del armario.

Mamá dibujaba de memoria (...) La cabeza que faltaba en el armario, muñón disimulado con sombrero, estaba allí, reconstruida por ella día a día, pacientemente, en las convalecencias, dibujando en la cama, con lapicero fino de taquígrafa (...) Hubiera yo querido dibujar, y lo hice torpemente, no sabe el niño dónde están sus talentos.

Dialogué con Leonardo tanto tiempo, él se quedaba allí, ida mi madre, y sólo estaba vivo aquel dibujo, gracias a aquello el cuarto no era triste (...) Byron en el armario, ¿amante de mi madre?, húsar de sangre, Leonardo en la pared, rostro de niña, rostro de niño (...) Allí solos los tres: el húsar o lord Byron, lo que fuera, el incansable rostro renacentista, y yo, el más estático, en tertulia de alucinado niño, esperando a la madre.

El bargueño (...) allí metía sus cartas, y mis fotos, y sus fotos antiguas (...) Y, más tarde, documentos políticos, secretos, que quizá escondían, con su relativa inocencia, la gravedad oculta de otras cosas cuando los registros, porque hubo registros.

La madre es un enigma, tanto que descifrar, yo no sabía.

Mamá y la política

Lo que no sabía entonces, y ahora sé, es que mi madre, en su despacho claro, estaba haciendo ya aquella política (...) «una mujer política», mi madre, y me sonaba raro, misterioso, casi feo, yo no sé qué era aquello, por qué hablaba mi madre por teléfono, con Madrid, a todas horas (...) Estaba la máquina Underwood como el arma misteriosa de la política (...) la política era escribir a máquina (...) No entendí por qué tenía yo una madre que mandaba a los hombres (obedecía a otros), y que hacía política, o sea, que era importante (...) La política era cálida, olía a mamá, ramo de su olor en el antedespacho, aquello que decían la República olía a lilas frescas y a mi madre, ¿era eso la política? Pero me daba miedo la política (...) lo sabría luego, siglos más tarde, que la política mataría a mi madre, la marcaría a mamá en mitad del pecho con la mancha de moras de la guerra (...) Estaba entre teléfonos y máquinas, hacía taquigrafía (...) La política es esto, me dije una vez más, hacer taquigrafía, escribir a máquina, hablar mucho con Madrid.

Mamá era antigermana, o más bien antigermanófila, no tenía nada contra Alemania, sino contra los beatos españoles de Alemania.

Mi padre o mi madre eran de Azaña, quizá, no sé. Yo les oía aquel apellido (...) Era como si a mis padres los hubiera casado don Manuel Azaña, cardenal laico de Alcalá de Henares (...) —¿Y ese señor es don Manuel Azaña? Mis padres me decían que no (...) El azañismo se ponía guantes de gamuza para leer a Valéry y Marx, y al obreraje le gustaba que aquella gente hablase tan bien, y no tener que ir al cura, cada poco, a pedirle perdón y camiseta.

Los fascismos cantaban en Europa. El húsar del armario no volvía. Byron estaba preso allá en Ocaña. La enfermedad bordaba en las mejillas de mi madre un rubor de febrícula y fracaso.

Después de la guerra que dicen que hubo (...) cuando [mamá] pasó de ser la conciencia estética de la ciudad, muy joven, a ser su conciencia política, es cuando comenzaron los problemas, las amenazas, la hostilidad, el silencio (...) La vida de mi madre había sido un poema, y no quería que acabase siendo una novela.

Mamá y el trabajo

Me contaban por las noches (...) cómo mi madre, vestida de blanco, con la onda impecable, había cruzado factorías y oficinas de reaseguros, trabajando en lo que fuese, y la mancha de su traje, sobre el pecho, entonces —lo pensé una noche, lo pensé, qué angustia, solo en la cama—, no había sido de moras, sino de grasa sucia, aceite negro, la mancha del trabajo, el insulto del dinero.

Mi madre acudió a las oficinas de la AEG y a otras oficinas, pasó por pruebas, humilló la cabeza, erguido el cuerpo, dobló su fina y firme nuca femenina, desnuda de melena, ante los hombres que estaban haciendo el siglo XX (...) No sabía si la AEG había marcado a mamá en rojo, para siempre (liberada de aquel trabajo antes de nacer yo o siendo aún muy niño) (...) Se sabía en la familia que una vez se presentó a unas oposiciones, a unas pruebas para obtener un empleo, a la convocatoria de periódico que le había dado la abuela. Llegó tarde a la fábrica, a los grandes almacenes u oficinas (...) —Deme usted las preguntas. Sobra tiempo (...) Y se puso a escribir (...) Pienso ahora que nadie lo vio, que es tradición oral (...) Nuestros recuerdos más vivos e indiscutibles son los que de ninguna manera pertenecen al recuerdo (...) Dice aún la abuela que ganó la plaza.

Todas las mujeres son unas estigmatizadas, según el mundo que se nos ha dado, y yo quería salvar a mamá de todos sus estigmas: el de la sangre, el del trabajo, el de la política, el del sexo, el del pecado.

Mamá y yo

Me había llevado, sí, fruto maldito de su vientre bendito, por los pueblos amarillos del Norte, tiernos y pajizos, me había paseado (gran preñez de las delgadas) ante la mirada sabedora y sopesadora de los hombres del campo, que miran un embarazo como una cosecha (...) Me había llevado por pueblos y ciudades, mujer viajera y política (...) Se había condecorado con el hijo, fardo que proletariza a toda mujer, por alta dama que sea.

Mamá me enseñó pacientemente, durante algunos años, haciéndome poner *La Divina Comedia* en aquel lenguaje de palos y de curvas (...) Así me hizo escritor, sin que yo me diese cuenta (...) Dante, Platón, Cervantes, el Licenciado Vidriera (...) Los libros de mamá, mucho Galdós, noventayocho (...) Baroja (...) Valle-Inclán (...) Fernández-Flórez.

[Fui] El primero en Historia, pero, secretamente, el primero en Literatura, porque leía aquello como una novela.

Mamá venía del cine mudo (...) Cine de los domingos porque ella me había llevado mucho, de pequeño.

Mamá y la música

Beethoven explicaba a mi madre mejor que nada, mejor que nadie, sobre todo en los cuartetos (hubiera querido yo entonces, adolescente, ser músico para explicar a mamá mediante otra palabra que la escrita, ser precoz como Mozart: la música es el dialecto natural de la adolescencia y, en almas de segundo orden, como la mía, el poema, el lirismo, lo poético). Beethoven, el más narrativo de los tres grandes, me contaba la historia de mi madre, se la contaba a ella, porque, tras la fiesta de Mozart y la cuaresma de Bach, Beethoven era la confidencia, la confesión, la narración, la novela (...) La música, basílica de Bach, catedral de Beethoven, capilla de Mozart, era la única arquitectura que se tenía en pie.

Sólo la música, aquellos conciertos vespertinos (...) me la devolvía héroe y fábula (...) porque el sonido de Bach/Mozart/Beethoven me daba el sentido trinitario de mamá (...) Mozart, el preso geometrizado en una celda de espejos. Beethoven, el húsar revolucionario, viril e inspirado. Bach, ella misma, transfigurada por un rayo/dardo de música transversal que le bajaba hasta la mano de escribir cartas políticas, hasta el pecho de querer a un uniforme vacío y a un pescadito que iba dejando de serlo.

Mamá se entendía con Bach y Mozart, se entendía con la música a pesar del ruido: la orquesta (...) Mi madre se entendía con la música como el creyente se entiende con Dios, a pesar de los teólogos (...) Mamá era la hiperestésica de los conciertos (...) Todo el teatro miraba para ella pues que sólo por ella (aparte admirarla en su soledad de Greta Garbo) sabían cuándo había que emocionarse y cuándo no, cuándo había que tener el orgasmo musical.

El padre preso/muerto

[Mi madre] escribía cartas (...) al padre preso en la cárcel (...) Al preso de Ocaña, de Chinchilla, de donde fuera (le cambiaban de cárceles), yo no tenía un padre (...) Papá no vuelve, a tu padre no le sueltan de la cárcel, no puede ni hacer una escapada para venir a vernos, en estos momentos no sé si le han trasladado de penal, si está escondido en algún sitio o si se va a presentar algún día aquí, cuando menos lo esperemos.

Una vez al mes, todos los meses (...) la Inocencia partía para la cárcel, penal de Ocaña o lo que fuese, con un gran envoltorio de cartas, comestibles, ropa, libros, recados, noticias, claves, medicinas y fotografías. Estaba allí tan cerca, en el armario, y había que llevárselo a un penal de geometría y duelo, lejos (...) Nunca hubieran dejado entrar a mamá en el penal —¿incomunicación?—, ni a mí tampoco (...) —No puedes ir con Inocencia, pescadito. No te dejarían pasar y además te ibas a poner muy triste (...) Mamá lo llevaba con una serenidad de trámite familiar grave, pero no catastrófico: como la que se va a casar sin ganas o algo así.

Era una fiesta seria, una excursión colectiva de una sola persona (...) Inocencia, a su vuelta, contaba el viaje, que era siempre igual o que ella narraba siempre igual. ¿Se parecen todas las aventuras de Ulises o de don Quijote porque fueron todas parecidas o porque el poeta —Homero, Cervantes— tiene una misma manera (un estilo: el estilo es insistencia) de contarlo todo? Los círculos del Dante, tan leído

en mi infancia, se parecen aburridamente, entre sí, a fuerza de variedad (...) Inocencia contaba siempre el mismo viaje reduciendo la diversidad a unas constantes, tomando la parte por el todo. Inocencia hablaba en metonimia sin saberlo (...) Del preso contaba poco, porque no lo veía, o apenas. O porque el preso hablaba poco con ella, o no le dejaban. Traía recados escritos para mamá, eso sí, malas noticias sobre su mala salud, agravada en la cárcel (...) Su aventura no progresaba, no era un episodio en cada próximo número sino siempre el mismo episodio (...) El húsar de sangre dentro del armario, el Leonardo que sonreía o sonlloraba, como un barómetro psicológico.

Inocencia llegó a media tarde, de vuelta de la cárcel (...) Papá había muerto (...) Mamá estuvo conmigo, muy enferma ella en su cama, con décimas, con tos, contándome la vida del cadáver (...) Había decidido disolver el cadáver en anécdotas, el dolor en biografía (...) Lloraron las criadas y las tías. Lloraron las amigas que le habían amado desde toda la vida. Lloré yo. Y un momento en que mamá no estaba, entreabrí el armario y le dije al uniforme, no sé si con saña o con amor sañado: — Estás muerto, estás muerto, estás muerto.

Mamá cayó muy grave (...) Fue una semana de letanías y lutos (...) y de pronto mamá resucitó, el domingo por la mañana (...) Se puso en pie, y no tenía color de fiebre en el espejo, se vistió muy de blanco (...) Tan bella, tan esbelta, tan Greta, tan herida (...) El luto se hizo blanco en la gran casa (...) Salimos a la calle, cogida de mi brazo, ella, tan alta. Sentí por un momento que la muerte del padre era liberatoria, como en Freud porque yo era ahora el padre, pareja de mamá, o porque su muerte nos liberaba del miedo a su muerte (...) La muerte de aquel Byron de paisano, la muerte de aquel húsar de sangre había corrido por la ciudad, ha muerto aquel gran loco, el rojo, el revolucionario, adonde iba con tanta literatura, ha muerto, ya era hora (...) La salida de mi madre, su paseo a pie hasta el teatro, la elección del concierto del domingo, era una gran respuesta silenciosa. Comprendí que era un bello desafío. —Que nos vean bien vistos, pescadito (...) Las ciudades sin conciencia y sin memoria (mamá era la memoria que quisieran borrar unos y otros) viven más felices y más tristes, levantando mausoleos a poetas falsos. Mamá respondía al cerco, al coro negro de los odiadores (...) El pasmo se hacía blanco en cada plaza.

La entrada al teatro fue menos espectacular de lo que yo esperaba, quizá porque yo esperaba demasiado, o quizá porque el concierto era mediocre (...) En el descanso se miró a mamá, se habló, sin duda, más de ella que del programa, pero nadie vino a saludar.

El primo enamorado / Burgos

El primo Paulo, soltero, sobrio, maduro, jugador, trabajador, hombre de noche y naipe, voz de tabaco y reuma, secretamente enamorado de mamá, yo lo intuía (...) el primo Paulo me llevaba a los toros (...) Yo me aburría (...) El primo Paulo tenía en los ojos una tristeza austera de soltero enterizo, crudizo, eternizo, que se tornaba dulzura de tabaco cuando hablaba con mi madre o conmigo (...) Le quería yo como el niño quiere y admira al hombre/hombre que vive en su tabaco, en su humo de tabaco, como en la hornacina de su virilidad. Y no me molestaba que quisiese a mamá, no tenía celos yo de aquel amor callado e improbable, porque era un poco padre, el primo Paulo, y porque siempre había un silencio, una distancia, un

espacio entre él y las mujeres. Quizá se me llevaba a mí a los toros por no atreverse a llevar a mi madre.

La casa es de la abuela (...) Cuando el niño descubre que el mundo puede no ser su mundo (...) empieza el niño a tener conciencia de desalojado: estamos de prestado en nuestra casa. Algo así era (...) Por entonces mamá tuvo la hemoptisis, repetido golpe de lo rojo en su voz de cascada, tos de la traición en su biografía (...) Días más tarde, estando allí en la calle, con los chicos, jugando a media tarde, llegó el inesperado primo Paulo, no en tren, como a los toros, sino en su coche grande, en su Ford T, sacaron a mamá como a una muerta y el primo Paulo se la llevó a su ciudad, a aquella ciudad del Norte donde iba a estar a salvo de la invasión oscura, marazulmahón, de los emergentes dueños de todo y a salvo de las nieblas, humedades del río, toses de mi ciudad (...) Mamá como una muerta, en el Ford T, y ni siquiera un beso, que no quería contagiarme (...) Así se la llevaron una tarde (...) Mamá era mujer política, víctima de la guerra, derribada muchacha, arcángel roto.

Después de meses, partí hacia la ciudad del primo Paulo, detrás de mamá (...) Yo en aquel gran tren (...) peinado hacia atrás, el pelo rubio reforzado con jabón (...) con el Portu conmigo, el viejo Portu, un criado de la casa a quien habían confiado mi persona (...) Me despedía del húsar republicano, necesitando creer que era mi padre o su uniforme, aquel preso de Ocaña o donde fuera, un amante de mamá, qué disparate, cómo pude pensarlo, ay de la duda.

No íbamos a casa del primo Paulo, que mamá estaba en otra calle, en una pensión (...) —Todo lo han requisado, señoritu, esos que mandan ahora, vigilan mucho al señorito Paulo, le han requisado el coche para llevar y traer muertos, sacos de harina; y vigilan la casa (...) La señora mamá también la buscan, no conviene en un sitio tan sonado, mejor en esta casa, esta pensión (...) Y si éramos señoritos ¿por qué le requisaban el Ford T al primo Paulo, por qué andaba mamá medio escondida?

La pensión era de doña Patrocinio, vieja y larga, con dos hijas, una morena y otra rubia, siempre Marta y María en esta vida, qué limitados son los esquemas humanos (...) En la pensión había mineros que salían de madrugada, meretrices como Eva, remorena y africanizante, que se paseaba en faja por la casa y me mostraba la hosquedad/bosciedad de su pubis, qué vergüenza, y meretrices finas, elegantes, altas, a las que amé un poco en sus vestidos estampados, en sus rodillas largas y purísimas (...) Mamá, entre todo esto, estaba en la habitación más grande, apartada, aireada, de la pensión, el libro prohibido a un lado, en la mesilla, entre el termómetro, las vitaminas y su libreta de apuntar la fiebre (...) Mamá había reconstruido, no sé si dándose cuenta, la habitación de casa en aquel cuarto desguazado de pensión (...) Mamá no me tocaba demasiado, me mantenía a distancia, siempre por el contagio, y al principio esto me parecía desamor, me entristecía, me enfurecía, pero luego aprendí la voluptuosidad de la distancia, la orgía de la diferencia, el placer infinito que había en dar un paso hacia ella, sólo hasta el límite de lo consentido.

El primo Paulo, de tarde en tarde, ceñudo de posguerra, sobre su ceño natural, mutilado de requisas, sufriendo cada día la humillación de encontrarse su coche por la calle, lleno de mujeres con mantilla que rezaban a gritos, o de soldados borrachos que apuntaban fusiles inseguros contra una población indiferente (...) El primo Paulo reconocía la bocina de su coche, girando la ciudad ociosamente, y

aquellos bocinazos para nada le ponían angina de rabia por el pecho, y vivía enfermando.

Eva, la meretriz, tenía una niña esbelta, de mi edad, que (...) me llevó de la mano por la ciudad y tuve la experiencia, por primera vez, de recorrer el mundo cogido de otra mano de mujer que no era mi madre, que tampoco era la mano de otro chico, y esto me era muy grato (...) Y entonces comprendí que estaba traicionando a mi mamá. No la necesitaba, ya, para pisar el mundo. No la echaba de menos (...) Me iba con mis monedas hasta el parque, me compraba un helado y erraba por el nuevo astro ciudadano recién descubierto, como un hombre por la Luna (...) Con mi subirme a las traseras de los coches, a las tapias de ladrillo tenue, caí de coronilla a un solar profundo y me abrí la cabeza (...) Tras lo de la tapia de ladrillo, el descrisme y la Casa de Socorro (...) fui a saltar una verja de lanzas y me quedé en un pico, colgado de la mejilla izquierda. Me descolgaron cuando la punta de la lanza iba hacia el ojo. Viajaba yo en el gasógeno de los automóviles.

Lo que era prevención, distancia con los bacilos de mi madre, se fue haciendo costumbre y yo la necesitaba menos porque había encontrado la mano de Eva niña (...) Esto me hacía culpable mientras vivía el vacío de madre que se había producido entre ella y yo, y la pasión horrible, pecadora con Eva.

[Burgos] Era una ciudad sin gente, fábricas donde no se fabricaba nada (...) Ciudad de piedras claras y de cielos lineales, aire limpio para el pecho de mi madre, ciudad alta y alegre, con un preso barroco, un santo literario en mazmorras de plata y plateresco (...) Los vitrales, cielos de cristalero, nubes de oro, Santa Gadea, el Cid, doña Jimena, y los Reyes Católicos (el lejano Palacio de Vivero, donde se casaron) (...) Los reyes medievales, como un friso de fondo, horizonte de cárceles, plateresco del aire, barroco de los jesuitas, allí, aquí estuvo Quevedo (...) padre Quevedo, maestro que sí entendía, lumbre de palabras que me incendiaba los ojos y las ganas, al leer o recordar (...) gran señor violento de la prosa y el verso. [Quevedo estuvo cuatro años recluido en el convento de San Marcos de León.]

La catedral, atrición, contrición, aflicción, de una Edad que va a olvidar a Dios (...) era el gran monumento a mi pecado (...) Eva, la niña, convenció a nuestras madres y empezamos a ir juntos al colegio, a su colegio, cogidos de la mano. Y volvíamos a casa. Hasta que una tarde niña Eva no esperó por mí, yo sí por ella, en vano (...) Lo que pasaba es que a Eva, la meretriz, la habían despedido de la pensión, y se fue con la niña de la mano, niña que ya nunca iba al colegio ni preguntaba por mí ni me llevaba a pasear.

Solo en la calle, sentado en la trasera de los frailes, sin decidirme a subir a casa, donde a mamá apenas podía verla, donde la niña Eva ya no estaba, llegó de pronto el burro del lechero (...) Me fue fácil montar al animal y partimos al trote noche adentro (...) Tras su carrera alegre y peligrosa, el animal había vuelto a su camino, en busca de su amo. El lechero me esperaba en la acera, amenazante.

Habló mamá, la mano en mi cabeza (...) Estás en la calle a todas horas, te estás haciendo un golfo, no pareces mi niño, ya has crecido, ha dicho el primo Paulo que vamos a su casa.

Al día siguiente hicieron el traslado (...) Casa de tía Socorro [madre de Paulo], chalet en la calle principal, piedra gris, alta balconería, oficina y jardín, un prado al fondo. En el prado, ovejas que pastaban sol y paz (...) El tío Avelino, entre la radio y el sillón, tomando tras las comidas su mezcla de café y Anís del Mono, en zapatillas de esperar

la muerte (...) La tía Socorro sacrificando pavos, gallos, conejos (...) la mujer fuerte que era, esa dureza escriturística, contrarreformista, y tan cercana de la dureza de las protestantes (...) La tía Socorro me ponía por las noches un pañuelo atado a la nuca para sujetarme las orejas pegadas al cráneo (...) Y dormía yo con el pañuelo innecesario, seguro de la simetría y colocación de mis orejas.

Mamá víctima de eso, pálida del chupar de garrapatas, que llamaba bacilos el médico alemán que la atendía. (Y que también la amaba, por lo visto).

Recuerdo una criada (...) que me decía, anda, sube delante, que me miras los muslos (...) dos muslos como playas, dos claridades grandes y deseantes, dos penínsulas gratas del total cuerpo femenino. Había traicionado a mamá con la niña Eva y ahora traicionaba a la niña Eva con una criada sin nombre (...) Una criada, varias, ya no sé, jugábamos un poco entre palomas, nos dábamos de topes en lo estrecho, ellas estaban blandas, duras al mismo tiempo, yo me ponía febril (...) Yo las deseaba, yo las deseaba, y ellas me hacían cosquillas, me tocaban.

En esto que la bocina del Ford T (...) Tía Socorro comprendió la primera: —¡Si es mi hijo que viene con el coche! —He firmado un papel, no sé por qué, y lo primero me he llevado el coche al taller, para que le quitasen el olor a cura. Y también para que le dieran un repaso, que estos fascistas nunca se sabe. Aquí lo tienes: pasearemos con él hasta las aguas. No te vas a estar siempre en la tumbona. Se lo ofrecía a mamá. «Las aguas» eran los depósitos cuadrilongos que él, como ingeniero o lo que fuese, controlaba (...) Primo Paulo y mi madre se miraban: ella con la ternura dispensadora de no poder amarle. Él con el color nicotina de sus ojos claros, satisfecho, sin duda, de poder ofrecerle a ella algo que no era pecado ni escándalo ni profanación (...) Comprendí, de repente, que la verdad del primo Paulo estaba allí, en aquel automóvil, como un día había descubierto la verdad de mi madre dentro del armario, entre su ropa. Comprendí que el alma, eso que no existe, no se aloja en nosotros, sino que hace su nido en algún sitio que hay que descubrir para conocer de verdad a la persona. Tío Avelino era un sillón. Tía Socorro era una cocina de baldosas blancas. Mamá era aquel armario tan lejano, con el Byron de sangre y la seda y las pieles. Primo Paulo era su coche. (...) ¿Y yo qué era, quién era? Yo ni siquiera sabía que era un adolescente.

Mamá había paseado del brazo del primo Paulo, pero no había nada entre ellos (...) Les veía yo desde alguna ventana, y en lugar de celos me venía la nostalgia, una nostalgia rara de que no se quisieran, de que ella no le amase, de que el primo Paulo no fuese algo más que primo Paulo. Porque, entre el húsar de sangre, el Byron dibujado y el preso de Ocaña, de Chinchilla, de donde fuera (le cambiaban de cárceles), yo no tenía un padre.

Las niñas

Eva, la meretriz, tenía una niña esbelta, de mi edad, que en seguida tentó mis castidades. La bañaban desnuda en la cocina y yo miraba por la cerradura (...) Aquel cuerpo de niña, aquella desnudez, aquella gracia tenue, aquel sexo gracioso, de muñeca, sin vello ni secreto, sólo una huchita infantil y muy abultada, todo aquello trastornó mi vida (...) Eva, la niña, me llevó de la mano por la ciudad y tuve la experiencia, por primera vez, de recorrer el mundo cogido de otra mano de mujer que no era mi madre.

Betsabé, la niña, con su cuerpo como un armario de tres cuerpos, se quedaba sentada a mi lado, «en la pared de los niños» y del costado inmenso de raso me llegaba el perfume irreprimible de su sexo y de sus pocos años. No estaba enamorado de Betsabé pero me inspiraba una curiosidad hambrienta y temerosa aquel tonelaje dócil de carne rosada e inexperta.

—¿Es bonito el libro? —Tú no ibas a entenderlo. —Claro, ya dice mamá que lees demasiado para tu edad. —Pues yo sospecho que tu madre lee demasiado poco para la suya (...) Betsabé se quedaba en silencio por no llorar con mis crueldades.

Betsabé Caravaggio [tenía] unos muslos blancos y partenónicos con ligas flordelisadas (...) Crecíamos uno lejos del otro, o más bien yo crecía y ella engordaba. Luego vinieron las clases nocturnas en la Universidad, la Universidad nocturna de la adolescencia, donde (...) no pude evitar la camaradería, o lo que fuese, de Betsabé Caravaggio, cuya familia quería entregarme, no ya una virgen, sino un ángel sin sexo. Un ángel gordo.

Jugaba yo un poco en los billares, más que por afición, porque ella me esperase a la puerta (no entraban mujeres en aquellos billares estudiantiles) aterida y resignada, recibiendo el piropo/insulto de los que entraban y salían (...) Seguíamos paseando por entre el frío y la niebla. Hablábamos de las clases.

—El Cristo de Velázquez hace más creyentes que las Escrituras, el Evangelio y santo Tomás. —Qué cosas dices, Francesillo. Me parece que casi son pecado. —En cuanto uno empieza a pensar por su cuenta, ya es pecado. —Eres demasiado inteligente, y eso me da miedo. —El miedo se pasa con un beso, Betsabé.

Y Betsabé se estremecía en sus quintales, lloraba sin lágrimas y, al fin, mientras yo permanecía inmóvil, se inclinaba hacia mí y me besaba en la boca tenuemente, sin profundidad (...) La ira se me transformaba en lujuria, de modo que apretaba a Betsabé (...) le mordía la boca de lámina, recorría con mano temblorosa sus muslos, hasta las ligas flordelisadas, y ella vivía un horrible pecado, con su novio presionándola por delante.

Amalita/Eva/Rosita. Tres niñas, tres braguitas malva y entrevistas, ensartadas sucesivamente en mi erecto deseo improbable, como ahora las ensarto en la barra tipográfica (...) María Antonieta, la primera muchacha que me besó en la frente (...) muchacha con la que tuve o no tuve un amor imposible que he contado o contaré —no sé, ya, no recuerdo, da igual— en algún libro.

El regreso

La habitación de mamá, ya estábamos de vuelta. Todo era más pequeño, casi pobre, y lo mismo la casa, y la ciudad, como si un incendio o una plaga (el tiempo es un incendio y una plaga) hubiese pasado por las casas y las calles (...) Tristeza del retorno, triste comprobación de que éramos casi pobres (...) Tras unos días de cama y de descanso, mi madre decidió volver a la oficina, y me llevó con ella, se cogió de mi brazo (yo había crecido mucho) (...) andaba ella por los treinta y tantos (...) Si la vida era una elipse y el tiempo una guerra y la política la tisis de mi madre, y mi padre un preso de Ocaña o un húsar de sangre, y Byron un dibujo no logrado, y el Ford T de primo Paulo se lo podía llevar cualquiera, lo mejor iba a ser, en la vida, refugiarse en un modo, en un estilo, en un arte.

En aquella biblioteca leí a Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, que no me hacían gracia, pero yo me forzaba a que me la hicieran, pues oficialmente eran muy divertidos entre los niños de mi generación (que ya no éramos nada niños). En aquella biblioteca leí a Salgari, que oficialmente era la pasión de nuestra adolescencia, pero que a mí no me apasionaba nada. Nunca me ha ido la gracia de los bufones ni la estética de los piratas (...) Harry Stephen Keller, autor de novelas científico/policiacas como *Noches de ladrones*, que me fascinó (...) Descubrí el único ejemplar del *Romancero gitano*, con la página de «La casada infiel» arrancada/expurgada, y comprendí que si podía escribirse que «el coñac de las botellas se disfrazó de noviembre», yo podía ser escritor. En aquella biblioteca descubrí el primer *Cántico* de Jorge Guillén, que me llenó de claridad y de una como geometría interior (...) Me sentía muy escritor en aquella biblioteca, sobre todo porque la calefacción estaba fuerte y se veía nevar afuera (...) Mucho antes de las dos, devolvía yo mi libro, gran enciclopedia, tomito de poemas, lo que fuese, y me iba hasta el pasillo a esperar a mamá.

La odiaban, sí, la odiaban: había un fondo de ciudad, un trasfondo beato, una confidencia apestada de rejería de confesonario, la memoria mezquina y colectiva (...) La veían vencida y no reían, sino que esto les inquietaba más porque triunfando no habían logrado nada, no llegaban a sentirse superiores. Habían herido a la mujer/metáfora, y ella, a pesar de todo, caminaba muy erguida (...) Llegábamos a casa y se tendía en la cama (...) No comía (...) Se metía en la cama para toda la tarde (...) Mi madre en su silencio, inexistente.

Cuando la guerra en la ciudad, el jefe político de mi madre, buscado en su casa para asesinarle y escondido en el balcón cerrado, por fuera, fue a poco sorprendido y fusilado.

Eran ya insoportables en torno de mi madre, el hierro anónimo del rencor o la codicia, el silencio insultante de las oficinas, o las cartas que llegaban a casa, y, sobre todo, la venganza que se ejercía en nuestras criadas, servís a esos traidores, servís a esos ateos, a esa gente, le servís a esa puta y a la vieja, que está loca, no perdonaba el pueblo envilecido por la guerra y el miedo (...) Nos cercaba ya el hambre, y mamá hubiera soportado todo eso, preparada a morir como estaba, con esa profesionalidad de la muerte, pero venían la Ubalda, la Inocencia, la Eladia y la Manuela con la queja y el llanto, con la lágrima sucia: —Que no le dan trabajo al mi hombre, señorita, que dicen que si andamos en casa de moscovitas, que no somos gente de fiar (...) Hasta la Pilar, que ayudó un poco en mi crianza, mujer lactante de Laguna del Ebro, que venía con mi hermano de leche (...) Y fue cuando mi madre solicitó entrevista con don Agustín, el clérigo de influencia en la ciudad.

Mamá me mandó a echar la carta aquella misma tarde (...) Nacía en mí un insospechado anarquista de una tarde (...) Deposité mi carta como un terrorista, monologando fruitivamente sobre mi hazaña, y hasta entré en el café cantante de la plaza, pedí un vino en el mostrador por saborear el mal (no me gustaba el vino en absoluto), por mezclar a mi audacia, a mi culpa, un clima degradado de andaluza falsa, Pilarín que enseñaba la braga negra, perturbadora entre los muslos blancos (...) Aquella tarde fue importante para mí (...) Me estaba realizando como conspirador, como rebelde, como brazo ejecutor de la política de mi madre. Pero la braga y los muslos de Pilarín me fascinaban demasiado, de modo que dejé el café cantante por no perder los sabores de la intriga.

Nos pasaron hasta el despacho de don Agustín (...) —Le aseguro, señora, que es muy interesante recibir cartas como ésta. Pero estas familias de que me habla no son aconsejables, tengo informes de ellas, por los párrocos de sus barrios correspondientes, no hay entre ellos, apenas, la cristiandad que es el tesoro del pobre (...) Los tiempos están malos, falta trabajo, faltan víveres, y las ideas andan revueltas. No es fácil ayudar a unos rebeldes (...) Alguna de estas familias que usted detalla en su admirable carta no han pasado por la Iglesia. Claro que Cristo, ya ante la Magdalena... El Señor comprenderá su cristiano interés por esas gentes, aunque no lo formule usted de la manera más afortunada. —Es decir, que no van a hacer nada — le cortó mi madre (...) Y se puso de pie. Nos despidió confuso y bisbiseante.

Fuimos a los pinares por la salud de mamá y también porque la ciudad la cercaba, la ahogaba (...) mujer diferente, alegoría esbelta, enferma y febril de no sé qué republicanismos fusilados.

Los cachicanes eran Rosa, una bella mujer del pueblo, con esa belleza prerrafaelista que la vida, tan irónica, se complace en otorgar a mujeres que nunca sabrán lo que fue el prerrafaelismo, ni siquiera Rafael (...) El marido de Rosa era Emérito, un mecánico bajito, simio, ligero, verdoso y tonto, algo dramático, que tiraba a germanófilo. Tenían varias niñas, de las que recuerdo a Rosita, que era la prerrafaelista que hubiera soñado el propio Rafael, con el dibujo del rostro, tan bello, tan acabado para sus pocos años, tan sutil, que la melena rubia, caligráfica y cambiante, era ya como un cuadro excesivo para un retrato muy hermoso.

Por las mañanas, mamá daba un paseo por el jardín (...) Luego, se sentaba a leer en la hamaca, a la sombra (...) Recuerdo que aquel verano leímos los *Episodios Nacionales* de Galdós (...) A mí entonces me interesaba, porque aún no había afinado mi estilismo hasta repugnar del realismo galdobarojiano. En cuanto a mamá, yo creo que le hacía a Galdós una lectura meramente política, como Marx a Balzac.

Así pasó otro verano (...) Me quedaba leyendo hasta muy tarde (...) Me dormía pensando que nuestra desgracia era una desgracia dulce, blanda, llevadera (...) Pero llegó el otoño con sus grandes heridas (...) Mamá retrasaba su vuelta a la ciudad, al trabajo (...) Mamá escribía cartas de aplazamiento a su despacho, alegaba enfermedad (...) Mamá habló: —Estamos mal, hijo, estamos muy mal (...) Tú tienes que estudiar algo, aparte de leer tanto, y a mí me van a retirar el sueldo cualquier día, si no me presento.

A partir de entonces sorprendí a mamá incorporándose en la cama cada vez que un tren paraba en el apeadero, para ver por la ventana si llegaba el que no podía llegar (...) Volvimos a la ciudad, ya muy entrado el otoño, yo a mi Universidad nocturna, a mis lecturas, a mis anocheceres en el café cantante, al acecho de los muslos blancos y la braga negra de Pilarín (...) Mañanas de la biblioteca, entre los sofistas, los cínicos, los presocráticos, los iluministas, los místicos, los barrocos, los manieristas, los románticos, los surrealistas y los expresionistas (...) Algunas tardes salíamos al cine (...) Vimos todo aquel cine católico de Hollywood que sin duda pagaba la Banca Morgan, Banca que tenía como primer cliente al Vaticano, según me explicaba mi madre.

En el café cantante, en la lectura de Baudelaire, en el distanciamiento de la Universidad nocturna, con respecto de mis condiscípulos y condiscípulas, ejercía ya el dandismo de ser diferente, o de querer serlo (...) La biblioteca por la mañana, la

Universidad o el café cantante por la noche, el cine con mamá, algunas tardes, eran mi vida de artista adolescente, de joven premalvado.

La prima Samaritana hablaba y hablaba, penumbrosa de hombres y no sabía yo qué podía interesarle a mi madre de todo aquel anovelamiento menudo, mezquino y picadillo. La prima Samaritana estaba como siempre, hermosa sin secreto, grande sin grandeza (...) Luisa Lammenier, rubia, cristiana y cachonda, había masturbado a varias generaciones de héroes de África, Filipinas, Cuba y Brúñete (...) A los enfermos, a los mutilados, a los hombres jóvenes e imposibilitados, es saludable masturbarles porque, si no se les masturba, tienen poluciones nocturnas y eso les inquieta el sueño, o les constipa, o tienen brutales erecciones equinas y eso les hace dar vueltas en la cama y desvendarse (...) Luisa Lammenier era una santa María Egipcíaca de los heridos, Nuestra Señora de las Masturbaciones (...) Nada más llegar a casa, solía pedir el talco, que vengo escocida hasta la madre (...) Se rozaba mucho los muslos por la parte de arriba, cara interior, y, siendo niño, la había visto muchas veces levantarse la faldamenta [faldamenta en drae] y acariciar la carne sacratísima y morena del muslo (...) Era un momento de silencio y braga en que todas callaban, con esa fascinación de la mujer por la mujer (...) Aquellas manos de Luisa Lammenier, que habían masturbado guerreros y se habían acariciado el alto muslo casi públicamente, a la mañana temprano trenzaban un rosario y un misal en la parroquia de San Julián.

Otra que venía a hacerle tertulia a mamá era Eugenia Primo, de la que sabía yo que había estado muy enamorada del húsar de sangre, Byron del armario (...) Eugenia Primo era, respecto de Luisa Lammenier, la Marta o la María (...) de belleza madónica. Vivía en silencio su trabajo político (en el bando opuesto de mamá: rivalidad que venía a sumarse a la amorosa ...) Me parecía que todas ellas envidiaban un poco o un mucho el destino romántico de mamá, viuda de un viudo, viuda de un vivo, casada con un muerto, novia de guerra de un húsar incógnito (...) Mi madre reclinada en el lecho, vestida siempre como para salir, era la que menos hablaba (...) Sus ojos pardos buscaban en la faramalla y el pedregullo de la anécdota femenina un argumento intelectual. A mamá la inquietaba la vulgaridad de la dispersión, o la dispersión de la vulgaridad.

Más de tarde en tarde, pero en tormenta de lutos, carnaval de carmines, asociación madreporica, exageración y velo, llegaban las Caravaggio (...) más la niña Betsabé (...) con la cara de porcelana y el cuerpo de tres meretrices en una que me estaba destinada en matrimonio por contrato verbal/unilateral y que no menstruaba por conservarse impúber para mí (...) Las Caravaggio caían en la tertulia de mamá como un alud de luto alegre (...) Habían decidido que la niña no menstruase hasta formalizar su compromiso conmigo (...) Un año se aplicaron a novenas, trisagios, devociones, caminatas a San Nicolás de Bari por evitar la mancha menstrual, el amanecer rojo de la mujer sobre la pureza nívea de Betsabé (...) Ponerle un cirio a una santa me parecía a mí casi irreverente por priápico.

Una mañana me llamó la abuela (...) Era una calavera donde sólo el belfo ponía carnosidad, sangre, energía, y la tristeza dura de los ojos (...) —Tu madre no vigila tus lecturas. Y vas saliendo al padre, volteriano (...) —Voy a ser escritor.

Yo viví con mi madre, todavía, los mediodías tristes del Casino, las tardes con fragor del Salón Rojo (...) Yo lo miraba todo, iba entendiendo. Quieren rehacer la vida, me decía. Pero la vida la habían interrumpido ellos, habían incautado el presente duradero, nos habían requisado nuestra biografía (...) Mi madre molestaba, era una

superviviente del contrario, con el marido preso en un penal, con el hijo civil allí a su lado (...) Se cansó de la insidia en poco tiempo. Dejaba de acudir a estos salones. Volvíamos a los cines del incógnito. Nos quedábamos en casa, conversando (...) Mañanas del Casino. Mamá iba allí como provocación. Era la viuda inmensa de una España y el perfil abolido de la Garbo.

La muerte de mamá

Después de aquel domingo del concierto, mamá se puso mala, tuvo fiebre alta, y hemoptisis y de pronto el santo consumero [el abuelo muerto], volviendo embalsamado, en su hornacina de cristal, el núcleo funeral reinviendo la casa, nuestras vidas. ¿Habían sacado al muerto en procesión? —¡Abuela, no hay derecho, tú estás muerta! ¡Y el abuelo también, por qué lo traen! ¡Mamá está viva, por qué queréis matarla!

La madre en la cama, tan revuelta, rota de fiebre y vómitos, era otra, lo espantoso del dolor es que nos trueca las criaturas, cambia al ser amado por un desconocido, antes de asesinarlo para siempre (...) Habían venido con lamparilla y esquila, don Luis, la comunión de los enfermos (...) La paciencia pánfila de don Luis, esperando un despertar de mi madre para confesarla y comulgarla (...) La mujer de la cama tuvo un espasmo con los ojos cerrados, hizo ese gesto enérgico y perdido de los enfermos, que se arrancan la ropa y hasta el cuerpo, pues todo les estorba. Y apareció desnuda. (Blanca, esbelta, completa, alabastro caído, ángel desprestigiado, senos adolescentes que me conmovieron, todo un torso de niña, a través del cual la cabeza escultórica se relacionaba armónicamente con la cintura, el vientre, las caderas, el pubis y los muslos. Las rodillas tan suaves aún entonces). Ante aquella claridad sencilla y grandiosa, se replegaban todos como una serpiente que se anilla.

Desde que murió mamá vivo instalado en su habitación

El santo consumero

El abuelo había dudado siempre entre la santidad laica de la Institución Libre de Enseñanza y la santidad santa de San Miguel y San Julián, entre el Cristo de Gregorio Fernández y el anticristo bueno y pacífico que era don Francisco Giner de los Ríos (...) Una hija se les había muerto púber, otras les habían salido por libre y la más sonada, mi madre, andaba en políticas, laicismos, republicanismos y matrimonios civiles. Creo que el abuelo murió siendo yo muy niño (...) La abuela cuspidal estaba haciendo gestiones con el clero para que el santo consumero fuese beatificado (...) Yo le había visto embalsamar y me había dado un poco de miedo y bastante asco (...) De muy pequeño, antes de pasar yo de la mano de la abuela a la de la madre, la abuela me llevaba a misa a San Julián, y a la salida hacíamos visita obligada a la hornacina del abuelo (...) Luego, la alusión al santo de la familia era una alusión de pasada, habitual, en los almuerzos y las visitas, como otras familias citaban un antepasado general o ahogado en el mar.

Con los años fui comprendiendo la relación/oposición, la simetría que relacionaba el cadáver de la urna con el cadáver del armario (...) El patriarca casto y el Byron violador y revolucionario.

SUeltos

Cultura

Toda la tediosa paremiología al respecto, sabiduría/ignorancia popular que odio.

El castellano fluye fácil por Quevedo y difícil por Gracián, siendo dos barrocos y conceptistas.

Leonardo, y nunca Miguel Ángel, así me educó [mamá] el gusto, láminas de Leonardo. Leonardo, a línea, consigue lo que aquel pintor no consiguió con todos los colores, pintando catedrales según la hora.

El gótico, como había yo temido/sospechado, era una especie de rebelión de los sentidos contra la estameña medieval y la geometría clásica.

Me gustaba mucho el manierismo, aquella perversión que era una perfección.

Después, el manierismo se hincha, se hace barroco, exagera la vida y las palabras. Y cuando el barroco es ya rococó, aquello, más que una huida, es ya un éxtasis.

Creada, recreada por un viento mozartiano, la música como revés del aire.

Metrópolis se filmaba, no como denuncia de nada, sino como adunación de la mujer en las causas brutales del hombre: negocio y guerra.

Religión

La devoción suele sustituir la emoción. A eso se le llama religiosidad.

No existe el demonio: existe lo demoníaco, que es la posesión, aunque sea divina, como en el misticismo.

El infierno es creer en el infierno.

El carbón es un diamante feo. El demonio de los diamantes.

Animales

Me tendía yo en la hierba, entre las ovejas, descubría la inmensa paz de su mirada, la pureza del mundo, viva en los animales, sólo en ellos (...) Vino un gato y me olió los pantalones. Me agaché a acariciarle. Era rubio y tenía un lunar en la tierna carnecilla de la nariz. Le iba a coger en brazos.

Varios

Siempre se está aprendiendo algo en la difícil asignatura de la mujer, en el largo aprendizaje de una madre.

La adolescencia, la infancia, la juventud, exigen absolutos.

El anochecer, con las estrellas trae una cierta democracia natural (...) democracia natural del verano.

Nada tan monótono como la variedad. Nada tan pequeñoburgués como la aventura.